

Recibido el 04_07_2019 | Aceptado el 21_09_2019

TECNOPOLÍTICA Y NUEVO 'SENSORIUM'. NOTAS PARA UNA TEORÍA DE LA CIBERCULTURA Y LA ACCIÓN COLECTIVA¹

TECHNOPOLITICS AND NEW 'SENSORIUM'. NOTES FOR A THEORY OF
CYBERCULTURE AND COLLECTIVE ACTION

Francisco Sierra Caballero
| fsierra@us.es |
Universidad de Sevilla

Resumen: En la tecnopolítica contemporánea se definen nuevos procesos de construcción de la experiencia individual y colectiva que trascienden las formas convencionales de intercambio, al tiempo que cuestionan las prácticas e imaginarios al uso de la ciudadanía. El alcance de las transformaciones y la complejidad de la crisis civilizatoria que vivimos impugna de hecho las bases del pensamiento comunicacional sobre lo público, apuntando la necesidad de nuevas lógicas con las que representar y comprender el mundo digital, alterando de raíz las históricas relaciones establecidas en el mundo moderno entre cultura, economía y democracia. Las fracturas e incertidumbres que acompañan al cambio tecnológico representan una oportunidad para la construcción de otro mundo y comunicación posible, considerando la apertura de espacios y procesos para repensarnos y dar voz a culturas, minorías y actores sociales históricamente sometidos a la exclusión. En el presente artículo se plantea una revisión de la literatura especializada en la materia sobre Ciberdemocracia y se apuntan las bases teórico-metodológicas de la investigación en curso para cuestionar los principales retos de la investigación sobre los movimientos sociales y el activismo digital a partir de una lectura de la Comunicología coherente con el giro

[01] El presente artículo es resultado del proyecto de I+D titulado 'Ciberactivismo, ciudadanía digital y nuevos movimientos urbanos' (CIBERMOV) del Subprograma Estatal de Generación de Conocimiento del Ministerio de Economía y Competitividad (Ref: CSO2016-78386-P). La metodología y diseño de investigación a efectos del texto puede consultarse en acceso libre en la página oficial www.cibermov.net

decolonial de los dispositivos tecnológicos. **Palabras clave:** Comunicología del Sur; tecnopolítica; ciberactivismo; nuevos movimientos sociales; decolonialidad; ciudadanía digital.

Abstract: In contemporary technopolitics, new processes of construction of individual and collective experience are defined that transcend conventional forms of exchange while questioning practices and imaginaries in the use of citizenship. The scope of the transformations and the complexity of the civilizing crisis we are living through questions the bases of communicational thinking about the public and the social, pointing to the need for new logics with which to represent and understand the digital world, altering at the root the historical relations established in the modern world between culture, economy and democracy. The fractures and uncertainties that accompany technological change represent an opportunity for the construction of another world and possible communication, considering the opening of spaces and processes to rethink and give voice to cultures, minorities, and excluded social actors historically subjected to the condition of periphery. In the present article, a review of the specialized literature on the subject of Cyberdemocracy is proposed, pointing out the theoretical-methodological bases of research to question the main challenges of research on social movements and digital activism based on a reading of Communicology coherent with the decolonial turn of technological devices. **Keywords:** Southern Communicology; Technopolitics; Cyberactivism; New Social Movements; Decoloniality; Digital Citizenship.

Todo objeto de conocimiento es políticamente atravesado por la construcción y mediación social. Las agendas de investigación, así como los métodos y epistemologías de base que configuran el saber sobre la sociedad y la naturaleza, vienen por lo general condicionadas por el desarrollo histórico de las fuerzas productivas. Si bien, en algunas circunstancias, este condicionamiento es relativo, tal y como se observa, por ejemplo, en la Comunicología. Un ejemplo evidente de las brechas cognitivas en la historia de la ciencia es el caso contemporáneo de la cultura digital. Así, por ejemplo, pese a vivir en la era de las multitudes inteligentes (Reinghold, 2004), los estudios sobre Comunicación y Participación Ciudadana, son más bien escasos y hasta marginales, aun resultando notoria su relevancia en procesos de movilización colectiva. La adversa política científica de financiación de estudios orientados a una visión crítica del uso y apropiación social de las redes digitales, desde el punto de vista de su impacto en procesos de empoderamiento, marcan una agenda paradójicamente improductiva o, cuando menos, de pobre imaginación sociológica a la hora de repensar las mediaciones que hoy viven y experimentan

los usuarios del ecosistema digital. Pero existe una memoria de las prácticas, y una teoría e investigación sensible a estas experiencias de subversión y resistencia cultural que antecede a las propuestas exploratorias sobre la cibercultura. Por solo mencionar algunas, desde un enfoque histórico crítico, cabe recordar el diálogo e innovación vivida en América Latina a lo largo de las décadas sesenta y setenta y, aún hoy, entre culturas y tradiciones diversas que partieron de la idea revolucionaria que los medios median, y la praxis con ellos es constitutiva de las culturas populares que han de aplicarlas (Sierra y Gravante, 2017).

La inspiración de las nuevas miradas y saber-hacer productivo en la frontera del conocimiento del uso y apropiación de las nuevas tecnologías que alentaron los pioneros de la investigación en comunicación en Latinoamérica constituye, en este sentido, un claro antecedente en la literatura sobre dicho campo de estudios en la medida que por vez primera en la historia de la Comunicación se abordó sistemáticamente la demanda de los colectivos subalternos, a partir de los saberes ancestrales, en el desarrollo de formas comunitarias y democráticas de inserción de los sistemas y dispositivos de representación cultural (Sierra, 2010).

No es el objeto del presente trabajo hacer una historia de los antecedentes de la Comunicación Participativa para comprender e ilustrar las actuales formas de activismo digital, pero sí al menos señalar la importancia de dichas lecturas heterodoxas y creativas por parte de la Escuela Crítica Latinoamericana a la hora de transitar otros caminos y derroteros negados por omisión o voluntad de poder en la Comunicación como Dominio. Reconocer que la praxis liberadora de la Comunicación Comunitaria constituye, en palabras del profesor Galindo a propósito del movimiento Yo Soy132, la primera erupción visible en la configuración del campo de producción autónoma de articulación de su propia voz, esto es como abertura contrahegemónica para el cambio social —de la resistencia a la crítica antagonista— significa no otra cosa que comprender las líneas de continuidad y ruptura histórica que introduce la cibercultura a partir de la organización, la unidad y el empoderamiento grupal y colectivo (Galindo y González Acosta, 2013). Significa, en fin, reconocer cómo los actores de ayer y de hoy validan su experiencia y tradición desde su *habitus*, siempre tramada en lo local, a la hora de confrontarse con el nomadismo digital.

No consideramos que la navegación de las multitudes conectadas sea en modo alguno la pérdida del territorio y de los códigos de reproducción de los actores en lucha y resistencia, por más que hoy remplace a la figura del *flâneur* los nuevos nómadas telemáticos. De Benjamin y la paseología como modo de conocimiento a la navegación irrestricta por las redes de la multitud inteligente siempre tiene lugar en procesos situados.

El turbocapitalismo, como forma acelerada de mudanza social, lleva, ciertamente, a la desinformación y el desequilibrio por la velocidad de escape, pero sigue prevaleciendo un modelo en esencia, paradójicamente, provinciano. El sujeto de esta cultura digital es...

«...aquel que aspira a hablar un solo idioma, lo más utilitario posible, sin importarle la destrucción de los mundos que habitan en los otros idiomas; aquel que se mueve continuamente de aquí para allá, obseso coleccionista de imágenes, al tiempo que es incapaz de fijar la mirada, y no digamos al pensamiento, en paisaje alguno; aquel que está permanentemente informado con aludes de noticias y mensajes que sepultan su capacidad de comprensión. Es posible que un individuo de tal naturaleza se considere a sí mismo un cosmopolita. Pero vive en una pequeña aldea que ha confundido con el mundo» (Argullol, 2016).

En cierto modo, la cibercultura acentúa así el etnocentrismo y formas tradicionales de control y reproducción social. Las culturas populares, como en otros momentos de la historia, no renuncian al principio de adaptación creativa proyectando una otra forma de saber y de reconocimiento a partir de su consciente desconocimiento de las formas abstractas y complejas del tecnocentrismo que implementa el capital. Y es que, como enseñara Benjamin (2005), conocer es perderse. Uno solo conoce la ciudad que visita por primera vez cuando se pierde como en un bosque. Así, lo vivido en la red por los nuevos sujetos y multitudes inteligentes es un proceso nómada, propio de la metodología del paseante, que tiende en la actual fase de transición a explorar otros usos y modelos de mediación reformulando los procesos conocidos de Comunicación Participativa que históricamente ha determinado la teoría y praxis de los movimientos sociales, en especial en América Latina.

1. Ciberdemocracia y matrices de la comunicología de la liberación

Toda referencia a la Comunicación Alternativa siempre fue tipificada por razones de discurso (ideológicamente) como un proceso autónomo de proyección de las mediaciones posibles y socialmente necesarias. Pero al dominar una lectura instrumentalista del campo de disputa de los medios, la mirada que ha prevalecido ha sido básicamente representacional, esto es, centrada en el contenido o ideología de la mediación y, en menor medida, atenta a la lógica o estructura de la información, pese a su importancia. De ahí el fracaso explicable de numerosas experiencias y proyectos de Comunicación Participativa en la región. Pero esta es otra historia (Sierra y Martínez, 2012).

Volviendo a la matriz epistémica objeto de nuestro interés, cabe observar que, desde el origen de las primeras experiencias transformadoras en materia de comunicación y cultura, prevalece en el análisis de la innovación social una mirada circunscrita estrechamente a un concepto o imaginario *informativo* de los procesos de construcción de lo público. Así, la noción de autonomía comunicacional ha sido sobredeterminada por una lectura de la mediación idealista en función de la concepción normativa de la cooperación social, concibiendo la praxis de los sujetos envueltos en tal dinámica como un simple proceso de participación delegada por la que unos pocos deciden y otros participan, episódicamente, claro está. Por otra parte, el concepto de apropiación tecnológica ha sido connotado negativamente como una práctica en contra de la propiedad, como la forma antagónica de socialización de bienes ajenos convertidos en recursos accesibles para la comunidad, algo parecido a como los teóricos de la autonomía piensan la economía de los bienes comunes (Laval y Dardot, 2015). Ambos sentidos comúnmente aceptados nada tienen que ver, sin embargo, con las luchas y frentes culturales de resistencia que existen, persisten y procuran alternativas democráticas a la racionalidad instrumental. Pese al dominio de una razón sedentaria incapaz en la Comunicología de proyectar otras formas posibles de producción de lo social en las mediaciones con las viejas y nuevas tecnologías, las experiencias de apropiación y autogestión social siguen difundándose frente a las brechas cognitivas, a modo de grietas o líneas de fuga contra el capitalismo.

Ciertamente, es habitual el análisis de las experiencias prácticas de autogestión promovidas por activistas pero se tienden a omitir las experiencias singulares que cada día rompen los códigos preestablecidos y las relaciones de poder tradicionales que muchas veces son difíciles de definir desde una dimensión reduccionista, cuando no directamente ha sido considerada la propia Comunicación Alternativa objeto irrelevante de la investigación en comunicación social. Por ello, en la denominada por Castells era de la Autocomunicación de Masas parece lógico revisar críticamente, hasta sus últimas consecuencias, la metainvestigación en comunicación (Castells, 2009), la reflexividad dialéctica y generativa del campo a fin de recomponer las posiciones de observación. En otras palabras, es necesaria una recomposición de la posición de observación del intelectual pero también de la mudanza de objetos. El futuro de la teoría crítica pasa, en este sentido, por un incesante trabajo de deconstrucción tanto de los procedimientos como de las ideas, renovando las formas de expresión del análisis capaz de abordar, con consistencia, la realidad multidimensional del debate sobre la democratización de la comunicación, como un problema de articulación productiva con el proceso de cambio e innovación de nuestra

posmodernidad. En ello nos jugamos el futuro, y en nuestros países periféricos la posibilidad misma de desarrollo. Convendría subrayar sobremedida este hecho, porque el campo iberoamericano en comunicación no es del todo consciente de esta particularidad característica de nuestro tiempo y de la división internacional del trabajo cultural en el Capitalismo Cognitivo, o, como califica Groys (2005), de la verdadera naturaleza de la nueva economía cultural.

Ahora bien, no siempre fue así en la tradición latinoamericana. Desde *Para leer al Pato Donald* (Mattelart y Dorfman, 2011), el pensamiento crítico en comunicación ha procurado deconstruir en todo momento el proceso neocolonialista de las industrias culturales y de la teoría funcionalista o etnocéntrica occidental, hibridando, releendo, reescribiendo de nuevo la historia y el pensamiento desde su topología y mundos de vida concretos (Sierra, 2019a). Hoy sin embargo cierta deriva conservadora en la teoría social niega la lógica productiva de toda enunciación y manifestación cultural, incluido como es lógico el discurso científico, ante lo que podríamos calificar como nuevo idealismo culturalista que, por poner un caso como el de algunos estudios poscoloniales hoy hegemónicos en la India, terminan por ser inconscientes de la geopolítica global y del hecho material, concreto y evidente —de sentido común— de una realidad dominante en la que empresas como Disney marcan las condiciones o marcadores ideológicos como actores globales con mucho mayor peso e influencia cultural que antaño, a la hora, por ejemplo, de construir arquetipos islamófobos en filmes como *El rey león* (*The Lion King*, Rob Minkoff y Roger Allers, 1994) o de organizar nuestro tiempo libre como *neg/ocio*, en un proceso de expansión ilimitada en plataformas oligopólicas como Facebook.

Frente a esta praxis teórica negacionista, convendría recordar que, en la era del trabajo inmaterial, en la era del acceso y la cibercultura, la «fábrica social» se fundamenta, más allá o más acá de Marx, en un proceso de trabajo. Por mucho que, desde los años ochenta, las grandes fábricas, los astilleros, las minas, los lugares comunes del trabajo fabril, y de la clase obrera, fueran difuminándose en las pantallas de la Sociedad del Espectáculo, dando la sensación de evaporización de la mediación y las estructuras de clase, por incisiva que resulte, en fin, la pérdida de referentes de los grandes medios de comunicación acentuada con las nuevas tecnologías de personalización del consumo; y por distraída que se nos antoje, en suma, nuestra percepción del nuevo contexto vital, no podemos dejar de soslayar, como enseñara Benjamin, que, pese a todo, ahí siguen los barcos, las vigas, el carbón y el acero, el silencio de nuestras máquinas de interacción social y la arquitectura de las catedrales del capital, los nuevos templos del consumo, iluminando nuestra era neobarroca que, como antaño, sigue obsesionada con la verticalidad y en procurar el cielo por

asalto, mientras otros oteamos el horizonte, a ras de suelo, empeñados como estamos en escuchar los latidos o, mejor aún, si de metáforas se trata, el sonido de las bielas del tren de la historia en marcha.

En esa voluntad de percibir, de saber escuchar y sentir, radica la sentencia del diálogo de saberes que hacemos nuestra como exigencia de mayor reflexividad sobre la praxis del conocimiento de la cibercultura (Acosta, 2018), vital, como hemos apuntado, incluso más allá del avance de nuestro campo científico, pues afecta a las condiciones de desarrollo. Eludir este compromiso histórico tiene sus consecuencias, pues renunciar a considerar el contexto histórico-social, las condiciones alteradas, cultural y significativamente distintas, es la renuncia misma al pensamiento. En esta línea apuntan los trabajos del profesor Sampredo (2015) que vindica un modelo de información de código libre. Por ello, antes de considerar el campo de problemas objeto de estudio que tal asunción reflexiva presupone, conviene por ello perfilar cuando menos algunos detalles del actual marco histórico.

El contexto de operación del científico social es hoy, como sabemos, un escenario global desnacionalizado, marcado por una lógica cultural desilustrada y en vías de deconstrucción e impugnación radical por manifestaciones emergentes como los saberes locales, y un acceso a la información y el conocimiento, deslocalizado, desmaterializado, virtual, proliferante y reticular. En este escenario histórico, la pregunta recurrente que de nuevo debe afrontar la teoría crítica es QUÉ HACER. Tenemos por delante problemas urgentes como la inclusión digital, el pluralismo y la diversidad cultural en los medios y, más allá aún, el sentido mismo de ser ciudadano en un mundo global abierto y culturalmente *confuso* saturado por la cultura de la minería de datos y la extracción de valor del capitalismo de plataformas digitales (Sierra, 2019b). Esto es, es preciso pensar cómo abordar con garantías de éxito estas cuestiones apremiantes desde un enfoque transformador, cómo construir democracia, democratizando el conocimiento comunicológico sobre las nuevas formas tecnopolíticas. En este artículo, no podremos dar cumplida respuesta a todas las cuestiones sustantivas del objeto de estudio, pero sí al menos reconocer que, en primer lugar, es preciso proyectar nuevas bases epistémicas, incorporando los análisis de las experiencias de la gente común a partir de la renuncia de una idea despótica de los actores sociales. Más que nada porque los sujetos han tomado la iniciativa y hoy hacen cosas con palabras. Partimos en este sentido de una premisa en nuestro abordaje de la CIBERDEMOCRACIA.

«Las formas de poder que están surgiendo en las sociedades contemporáneas se fundamentan en la capacidad de informar (dar forma), de

construir realidad mediante significados [...] El conocimiento quizás no es igual a la acción, pero ya que la información resulta ser el principal recurso en que confirmar, conocer e imaginar se convierten en formas de construir el mundo» (Zubero en Sáez, 2004: 70).

Así, si de acuerdo con el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) el desarrollo es la articulación de voces culturales para el empoderamiento y la autonomía del desarrollo endógeno, la Comunicación Alternativa puede pues ser conceptualizada como el proceso de comunicación para el cambio social a través de la voz de las culturas populares, concebida la mediación como una comunicación para el cambio social que hoy, en la era de la inteligencia conectada, permite alterar no solo los marcos cognitivos y las formas tradicionales de reproducción social, sino sobre todo el propio sistema de representación política y de lo público en común. Este simple hecho justifica, *per se*, la necesidad de un programa específico de investigación que vislumbre las ambivalencias y tensiones dialécticas del nuevo régimen y captura de la información en la era del llamado Capitalismo Cognitivo (Moulier Boutang, 2004).

En las siguientes páginas, trataremos de enunciar, sucintamente, algunas ideas a este respecto desde el proyecto de investigación sobre ciberactivismo y nuevas formas emergentes de ciudadanía de acrónimo CIBERMOV.

2. Problemas dilemáticos

Las Nuevas Tecnologías de la Información y de la Comunicación (NTIC) son dispositivos de expresión de la acción colectiva que surgen como resultado de la innovación social al tiempo que articulan para los movimientos sociales, desde el punto de vista de la mediación, nuevas condiciones de disputa de la hegemonía en la lucha por el código (Candón, 2013). De ahí la pertinencia de un estudio sociocultural de las aperturas y modelos de hibridación del espacio público que tienen lugar en las contradictorias dinámicas de articulación de la cibercultura contemporánea como parte del proceso de apropiación social de las nuevas tecnologías. Esta idea fue por vez primera avanzada por el profesor Sampedro (2005) a propósito de las movilizaciones tras los atentados de Atocha (2004). En esta línea, podemos reconocer en la nueva oleada de protestas y formas de acción colectiva algunos problemas dilemáticos que nos permiten destacar al menos cinco ejes o dimensiones estratégicas para pensar el proceso de apropiación y adaptación creativa de las culturas subalternas en los nuevos frentes culturales que emergen con el activismo digital. A saber:

- **1. Informar vs. Formar.** De acuerdo con la Carta sobre Derechos en Internet de la Asociación para el Progreso de la Comunicación, «Internet se ha convertido en una plataforma de comunicación poderosa y popular. El acceso a Internet se ha incrementado a pesar de la constante exclusión de comunidades marginales y de miles de personas en países en vías de desarrollo. Al mismo tiempo está a la vez cada vez más sujeta a la comercialización, al poder y al control corporativo. Las NTIC, incluido Internet, son parte del proceso de globalización —un proceso que se lleva a cabo en términos desiguales y que suelen exacerbar las desigualdades sociales y económicas entre países y dentro de los mismos—. A la vez, Internet y las tecnologías relacionales pueden convertirse en herramientas para la resistencia, la movilización social y el desarrollo cuando están en las manos de individuos y organización que trabajan por la libertad y la justicia» (APC, 2004). Ahora, más allá de la conexión y la concepción informativa de la democracia, la cuestión de los usos depende de la pedagogía democrática que articulen estos colectivos. En particular del alcance de la pedagogía política para la construcción social de ciudadanía. Del modelo distributivo a la lógica red, la máquina no separa lo social y la técnica, lo general y lo particular, sino más bien promueve «concatenaciones transversales que atraviesan múltiples planos de inmanencia permitiendo y multiplicando en éstos las conexiones» (Raunig, 2008: 98). Por ello pensar la dimensión performativa de la tecnopolítica pasa por una formación social en cibercultura que capacite al actor-red en el uso y actualización de la información y el conocimiento, a fin de contribuir a desplegar las creatividades de representación y producción de imágenes, así como las metodologías y prácticas emancipatorias de religación y formación social de comunidad frente a la tradicional concepción informacionista que confunde datos con conocimiento, y representación con democracia en la supuesta era de la transparencia y del acceso.
- **2. Individualismo vs. Comunidad.** Una de las principales observaciones que se documenta en los estudios de campo es la ausencia de conocimiento empírico sobre la apropiación de las NTIC a nivel colectivo. La prevalencia de un enfoque metodológicamente individualista ha favorecido los análisis en torno a la relación individuo-individuo con la tecnología y al impacto de los nuevos usos participativos en el entorno social. Por ello, conviene ser consciente de esta dualidad, tratando de modificar las visiones sobre las competencias subjetivas y las potencialidades liberadoras de las nuevas tecnologías desde las necesidades radicales de toda comuni-

dad (Sierra, Gravante y Leetoy, 2018). De acuerdo con este razonamiento, podemos definir la comunicación popular como una forma simétrica de interacción capaz de transformar productivamente el mundo inmediato del sujeto como ser genérico consciente de sus condiciones materiales. La construcción de redes solidarias de articulación, esto es, la superación del narcisismo individualista en la cibercultura ha de enfrentar por ello, *a priori*, la lógica metodológicamente individualista de la extensión tecnológica considerando que, hoy por hoy, emerge un nuevo sujeto o actor-red.

«En particular, la transformación de la subjetividad de los procesos identitarios por el desplazamiento de los referentes culturales, corporales, espacio-temporales, geográficos y políticos, en un ágora electrónica, de despersonalización para algunos, de exacerbación del yo, o de una subjetividad compartida para otros, es un asunto que requiere de nuestra atención. El cruce de normativas que opera en la red está configurando un nuevo espacio para la construcción del yo y del otro y en consecuencia para pensar la ciudadanía» (Rueda, 2006: 29). La transformación de los vínculos sociales en el ciberespacio anticipa así una nueva forma de subjetividad política descentrada. En el nuevo marco lógico, es preciso comprender que si los movimientos sociales asumen un rol protagónico en tanto que intermediarios de las redes electrónicas y telecentros es porque toda máquina «es una concatenación no sólo de tecnología y saber, sino también de órganos sociales, llegando al extremo de ejercer una coordinación de los trabajadores y las trabajadoras individuales» (Raunig, 2008: 28).

→ **3. Efecto vs. Proceso.** La lógica dominante de intercambio piensa la comunicación de forma unidimensional, «en el nivel de comunicación correspondiente. No podemos permanecer siempre en el nivel de comunicación oral cuando lo que las personas necesitan está a otro nivel. No podemos tampoco exigir a las personas que nos expliciten sus problemas en el único lenguaje que parece que conocemos: el oral, el del discurso lineal» (Hernández, Martín y Villasante, 2002: 28). Los modelos informacionales, o extensionistas, centrada en los efectos y la racionalidad instrumental, tan habitual en los movimientos sociales, termina reeditando de este modo el determinismo y reduccionismo tecnológico en forma de simulación del cambio social. Como explicara E. P. Thompson (1995: 22), «cuando los pueblos buscan legitimaciones para la protesta, a menudo recurren de nuevo a las reglas paternalistas de una sociedad más autoritaria y entre ellas escogen las partes más adecuadas para defender sus

intereses presentes». Así, «el *e-government* (o gobierno electrónico) y las redes electrónicas comunitarias parecen ubicarse en los extremos de la tensión existente entre dos tendencias. En la primera de las prácticas, se enfatiza la profusión de canales de comunicación entre el gobierno y los ciudadanos bajo la impronta de la eficacia y eficiencia de la gestión estatal. Se fortalece así la visión del ciudadano en tanto beneficiario y consumidor de servicios públicos. En la segunda, los canales de comunicación entre ciudadanos y gobierno están orientados a fomentar la deliberación pública como fundamento de la participación política, y a maximizar las posibilidades de satisfacción de las demandas. O sea que, mientras la primera tiende a racionalizar la política, esto es, llevarla al terreno de la sociedad civil, asimilándole al mercado, la segunda tiende a politizar a la sociedad, recuperando el sentido de la acción» (Rueda, 2006: 28). El paradigma de los efectos o distributivo domina, no obstante, las políticas y literatura especializada sobre ciberdemocracia negando la dimensión constituyente y dialógica de la comunicación como un proceso creativo abierto al cambio, con lo que de empobrecimiento cultural implica para las prácticas y posibilidades de la tecnopolítica contemporánea. Romper con esta primacía de la tecnocracia orientada a resultados constituye por lo mismo todo un reto para las formas imaginables de organización de la vida en común con las NTIC.

- **4. Transmitir vs. Comunicar.** Todo medio es un interfaz, un clima o entorno. Etimológicamente, *machina* en latín es medio, creación, dispositivo, tanto material como inmaterial. «El término mantiene el significado técnico de *apareto*, marco, dispositivo, así como el significado psicológico de truco, artificio, engaño [...] La innovación técnica y la invención se fundan siguiendo las dos líneas de significado que surgen simultáneamente del término máquina» (Raunig, 2008: 40). De ahí que toda maquinación, convengámoslo, sea tanto una maquinaria como una *intentio*, una forma narrativa. Ahora bien, el dominio del paradigma informacional ha tendido a ignorar esta dimensión discursiva, favoreciendo el logocentrismo y las visiones descorporizadas de la comunicación. Sabemos que nuestro tiempo se define por la compleja concatenación de dispositivos técnicos y máquinas sociales, o, en línea con Deleuze y Guattari (2010), la construcción de técnica y objetos, la mediación entre producción y público define en esencia nuestra sociedad. La visión matricial en red implica, en esta línea, mayor flexibilidad, interconexión, horizontalidad y cercanía. Más comunicación y menos información. La comunicación es entendida aquí

en el marco del paradigma de la mediación; en el sentido de Williams, como estructura de sentimiento, como experiencia, el campo de intermediación debe ser considerado, entre las determinaciones objetivas y la voluntad de cambio de todo sujeto o conjunto humano, según concebía la cultura Bolívar Echeverría (2010), como una fuerza transformadora. La potencia liberadora de la tecnopolítica se proyecta así en la dialéctica de la libertad y el poder creador del código, el lenguaje de los vínculos y la ética o espíritu *hacker* de los cronotopos narrativos y la capacidad instituyente de la red desde las formas de autonomía social.

→ **5. Economía vs. Sentido.** El *homo faber* de la cibercultura contemporánea ha de enfrentarse a la lógica de la *techné*. Las limitaciones técnicas determinan los márgenes de la creatividad del *homo ludens* así como el alcance social de las propuestas de apropiación que pone en competencia la lógica de mercado. Los dispositivos técnico-funcionales constituyen pues, en este sentido, el eje de la dominación sin ideología. Y actualizan, en la era digital, las discusiones sobre el poder determinante o constituyente de lo material y lo inmaterial. De Edward Shills a Fukuyama, de Raymond Aron a Daniel Bell pasando por Lipset, Wayman y el fin de las ideologías con la emergencia de la sociedad postindustrial o en red, los discursos recurrentes de la tecnocracia imponen el principio de universal equivalencia al amparo del cambio tecnológico. «Una ingenua fe en los Big Data elimina (así por ejemplo) los espacios que han sido previamente abiertos a la deliberación pública [...] mientras produce ciudadanos que, atrapados en los interminables ciclos de retroalimentación de los sistemas burocráticos modernos, entregan el proceso político a los tecnócratas, a los que siempre les gusta intervenir en retoques cuando se trata de cambios de mínimo calado en el sistema, pero raras veces se interesan por los de gran calado» (Morozov, 2014). En este contexto, tres tipos de luchas en torno a la nueva economía política de signos y espacios pueden ser destacados para romper con la lógica prevalente de la economía política de la cultura digital en la producción de un nuevo sentido de la vida en común:

- a. El éxodo-separación.
- b. La producción de subjetividad fruto de la articulación de la resistencia y la afirmación de la identidad.
- c. La movilidad, migración, mestizaje e hibridación proliferante (Negri y Hardt, 2000).

Ahora tales alternativas se antojan limitadas si aceptamos el hecho innegable de la subsunción del trabajo innovador de las multitudes conectadas. Desde este punto de vista, las redes sociales, las diversas formas de cooperación y la comunicación desbordante que impulsan la política pública, son las mismas que valorizan la llamada economía creativa, capturando las nuevas formas de colaboración en red. Negar esto es incidir en el idealismo de un infundado comunismo tecnocentrista ajeno a la economía política de la cultura digital. Más aún, de hecho, el proceso de desclasamiento corre paralelo a la mitificación sociotécnica de las NTIC como motor de cambio y progreso social. Pero ese es otro debate teórico que no incumbe a los fines del presente texto. Permítasenos solo observar que no es posible construcción alguna de sentido, ni producción simbólica, sin mediación material ni una economía política determinada, sea o no en prácticas autónomas de emancipación como el videoactivismo (Sierra y Montero, 2016). Pero éste es uno de los muchos aspectos negados y pendientes de abordar integralmente en los fenómenos objeto de estudio de la tecnopolítica. Desde luego no es posible entrar ahora en detalle sobre todos y cada uno de los ejes o contradicciones presentes en la literatura especializada en la materia. Sirvan al menos las siguientes líneas para esbozar lo que estimamos han de ser las líneas prioritarias de investigación a este respecto.

3. Líneas de exploración para una agenda propia

Considerando lo expuesto en los epígrafes anteriores, y a tenor de los trabajos de campo avanzados por COMPOLITICAS (www.compolicas.org) hasta la fecha, cabe a nuestro entender centrar la agenda de estudios en la materia en las siguientes líneas o cuestiones problematizadoras de acuerdo a nuestro razonamiento:

→ **A. Apropiación tecnológica y organización social.** La tecnocultura da lugar a una multiplicidad de nuevas prácticas, formas de mediación y autoorganización social, que, con la proliferación de otra forma de experiencia en las redes sociales, alteran y reformulan los modelos de reproducción social de referencia en la que se observan lógicas ambivalentes de articulación. Pues «la cibercultura, entendida el espacio de comunicación e interacción creado por la red Internet, genera en su interior grandes inequidades, exclusiones y ejercicios de poder y dominación a través de las redes de información pero también abre una posibilidad a la imaginación y la creatividad social» (Rueda, 2006: 20). La comunicación participativa debe ser observada, en este sentido, como una lógica de constitución de la multiplicidad y autonomía social. Como advierte Rossi (2000: 10), «si

se promueve la intervención de distintos sectores de la sociedad civil en los medios de radiodifusión, estaremos más cerca de una multiplicidad que permite la manifestación de la totalidad de los conflictos, expresiones de masas y universos culturales que pueblan la sociedad». Por ende, el concepto de apropiación debe ser repensado como una categoría en movimiento, y la investigación renunciar a la razón sedentaria para procurar la mirada nómada de las redes, espacios e intersticios de producción de lo común. No sólo la investigación comunicológica es creativa y tiene efectos productivos en la realidad social. En el propio proceso de apropiación, la gente común desarrolla la capacidad de desarrollar nuevos usos y significados de los objetos y/o procesos apropiados. En esta voluntad insubordinada, las experiencias de las personas, las formas de mimesis y subversión, tanto en el proceso de apropiación como en la autogestión, no siguen una lógica unívoca, sino que más bien tienen lugar según los individuos e intereses sociales en disputa, del mismo modo que el lenguaje, como Bajtín demostrara, siempre es polisémico en las culturas populares, se asocian, en fin, a diferentes significaciones, y tienen lugar directamente con el modo singular de expansión de su uso en la conformación de prácticas y procedimientos cotidianos que normalmente desbordan las estrategias mercadológicas o burocráticas de programación y definición *a priori* de la materialidad viva de lo social. Un ejemplo de esta dimensión performativa de la nueva mediación social en procesos de activismo digital es el Arte Público, muchas de cuyas experiencias se piensan desde y con la tecnología (Contreras, 2018). Tal enfoque crítico parte de la construcción del mito de la modernidad sobre la ilusión o falsa transparencia de la información. A nuestro entender,

«toda relación de representación se funda en una ficción: la de la presencia a un cierto nivel de algo que, estrictamente, está ausente del mismo. Pero por el hecho mismo de que se trata a la vez de una ficción y de un principio organizado de ciertas relaciones sociales, la representación es el terreno de un juego cuyo resultado no está predeterminado desde el comienzo. A un extremo del abanico de posibilidades tendríamos la disolución del carácter ficticio de la representación: en ese caso, habría una total transparencia de los medios y del campo de la representación respecto a lo representado: la ficción pasaría a ser estrictamente literal» (Laclau y Mouffe, 2004: 161).

Más allá de esta lectura agonista de la democracia, la cuestión, en fin, es que el proceso creativo de apropiación tecnológica da lugar a formas inéditi-

tas de organización que han de ser repensadas, en su dimensión ideológica e imaginaria y, desde luego, desde el campo de la inmanencia social si queremos cuando menos comprender el discurrir de las formas emergentes de acción colectiva y de protesta.

→ **B. Interactividad y nuevos modelos de mediación social.** El nuevo ecosistema informacional plantea la necesidad de discutir en detalle los niveles y formas de pertinencia social de la interacción. Pues la interpenetración de trabajo y vida, lo público y lo privado, la producción y reproducción de lo social atraviesan en forma de ambivalencias las nuevas formas de mediactivismo. Ello implica discutir los procesos y metodologías, por ejemplo, de participación de la ciudadanía en espacios e instituciones como las webs municipales, así como los modelos de gobernanza y gestión de los intercambios sociales. Pues, de acuerdo con Luckacs, no todo lo nuevo es bueno, no toda innovación es progresiva. La irrupción de las tecnologías de la información en la vida contemporánea debe, por lo mismo, ser cuestionada, desde el punto de vista de la reflexividad social general, en términos de ciencia y sociedad, de modelos orgánicos o de ingeniería social, explorando las nuevas matrices culturales y los proyectos de desarrollo que acompaña la configuración de las formas permitidas y negadas de mediación. Y para ello hemos de volver a situarnos en este punto en torno al dilema de cómo hacer cosas con palabras, siempre desde una lectura compleja, ecosistémica y colectiva de la mediación. «No se trata de la esencia sino del acontecimiento, lo que necesitamos saber no es el *es*, sino el *y*: las concatenaciones y movimientos que constituyen una máquina» (Raunig, 2008: 24). Y en las que al tiempo que observamos nuevos modelos de mediación tabulares tienen lugar procesos de captura y control similares a los de la sociedad moderna. Así, por ejemplo, cabe pensar si la forma de redes sociales participadas es o no un panóptico invertido en la cual la periferia vigila al centro del sistema o, peor aún, si, en verdad, no es un sistema estricto de clausura y control social expandido.

→ **C. Memoria y gestión local del conocimiento.** La nueva Alejandría con la digitalización de los repertorios y códigos culturales plantea nuevos retos que van más allá de los derechos de autor o la salvaguardia del patrimonio inmaterial como plantea la Unión Europea. Proyectos como Europeane no conciben, en este sentido, el reto ciudadano, el problema de política cultural que se vislumbra con la nueva cibercultura del posnacionalismo y el libre intercambio neoliberal que captura y se apropia del

patrimonio material e inmaterial. No se trata de un problema de sustentabilidad financiera ni de respeto al derecho moral sobre las obras sino más bien de configuración democrática y política de las exomemorias digitales (García Gutiérrez, 2004). Sabemos, con el discurrir del tiempo, que prevalece un poder mediador que modifica el estatuto cultural de los sistemas de representación convirtiendo acciones significativas en mitemas que son enmarcados y dotados de sentido en tanto que objetos contingentes, triviales o irrelevantes, por acción del principio de universal equivalencia. Pensar la tecnopolítica por tanto exige indagar sobre las formas de gestión autónoma del conocimiento. Aquí el proceso de intervención, a este nivel de la mediación social, exige un camino de ida y vuelta: de la política a la técnica y de la técnica a la política. De lo contrario, como dijera E. P. Thompson (2002: 16), nos encontramos con las vías muertas, las causas perdidas y el olvido de los propios perdedores en la historia, expropiados como son habitualmente incluso de su propia memoria. Por ello, consideramos que es necesario politizar la memoria registrada, la exomemoria digital, tal y como apunta el profesor García Gutiérrez (2004). De hecho, algunos movimientos sociales ya están discutiendo este ámbito de la participación en las bases de datos. Investigadores como Stefania Milan (www.stefaniamilan.net) y redes como Data Activism dan cuenta de la problematización de los datos ocultos y los metadatos como un problema de democracia y de colonización cultural que va más allá de la seguridad que amenaza las formas contemporáneas de protesta en la red. Hablamos de una nueva Epistemología de la Información Registrada, una nueva Economía Política del Archivo que debería garantizar el necesario diálogo de saberes y la apropiación social del conocimiento. Más allá de la sociología de los usos y empoderamiento de estos colectivos, así como de los Critical Security Studies, nos interesa señalar que, justamente, en este ámbito se disputan las formas hegemónicas de desarrollo económico y gestión compartida de la reproducción del código, por lo que es preciso repensar, como hicieran los estudios culturales en décadas pasadas, la memoria como un problema central, asumiendo, en coherencia, que es necesaria una nueva concepción de las prácticas instituidas de la memoria colectiva a partir de modelos descentrados y autónomas de lo social, inclusive en un sentido geopolítico del metacognocimiento que atraviesa las formas contemporáneas de mediación social.

→ **D. Economía Política del Cambio Tecnológico y la Innovación Social.**
La mirada sociocéntrica de las NTIC limita las potenciales dinámicas de

interacción en la galaxia Internet. Sólo la concepción modernizadora y administrativa permea el discurso público institucional de los actores sociales en los procesos de cambio mediados tecnológicamente. Un ejemplo de ello son las políticas públicas implementadas por la UE en el programa Horizonte 2020, una filosofía mercantil de la innovación que, *per se*, nos llevaría a plantear, lógicamente desde una perspectiva crítica, todo un programa de economía política de los indicadores culturales contraria a la simulación e impacto de los modelos de innovación social, así como a las métricas y sistemas parametrales de la llamada Sociedad del Conocimiento. Ciertamente, la sociedad civil tiene sus normas, espacios y prácticas de interpelación específicas. Por lo mismo, es vital habilitar distintas instancias de interacción y una pluralidad de mecanismos y controles en toda política pública. Pero ni la política de transparencia ni la supuesta participación ciudadana incorporan la calidad democrática, ni generan mecanismos efectivos de rendición de cuentas. En otras palabras, los nuevos espacios electrónicos pueden constituir, de facto, un ágora virtual, un nuevo teatro absolutamente funcional, en la práctica, a las grandes corporaciones, convertidos ahora en los sujetos y actores de los tiempos de la globalización neoliberal (Herrera, 2007: 47). La cuestión pues es ver si las redes digitales nos permiten articular espacios socialmente abiertos, innovadores y autónomos que contribuyan a establecer reglas y procedimientos, contrapoderes y espacios de interlocución y empoderamiento o, por el contrario, replican lógicas de dominio tradicionales. Sabemos que «la innovación que resulta de estar en disposición de aprender es un imperativo general, un valor que afecta tanto a la organización empresarial como al modelo de convivencia que hemos de diseñar, tanto a las formas de expresión en el mundo de la cultura como a las políticas públicas» (Innerarity, 2009). Un ejemplo de ello es el de las llamadas *smart cities* o ciudades digitales. Emerge un nuevo tipo de urbanidad, a medio camino entre la física territorial y el imaginario tecnoutópico, tejido como un conjunto de historias, voces, ritmos y sonidos de recreación social, hoy proyectados en la red como nuevo espacio y forma de interacción política y social, de juego de conectividad social. Ahora bien, la práctica creativa de concatenación de cuerpos y signos, de economía de signos y espacios, la puesta en escena y la reapropiación social de la ciudad, de sus imaginarios y formas culturales de representación, no son, en verdad, tan realmente nuevas. Por ello conviene en todo momento preguntarnos qué es la innovación social, y qué economía política replica. Pues de lo contrario el extensionismo tecnológico consistiría tan solo, lo que por otra parte es bien habitual, en un juego retórico que justifica formas excluyentes y

segregacionistas de implementación, para el mercado, de nuevas máquinas de procesamiento inteligente de información.

→ **E. Técnica y política.** Todo Estado o problema de gestión del capital informacional presupone una dimensión material (técnica, infraestructura), un modelo de organización institucional y, por supuesto, una idea o modelo normativo de referencia. La apelación a la idea de ciudadanía activa implícita en la noción de ciberdemocracia es un ámbito por explorar y definir desde una nueva imaginación comunicológica, pues en la era de las redes se expande la dimensión pública y, ciertamente, se desconcentra, al tiempo que regula y ejerce un estricto control monopólico, vía sistematización de datos, mediante las técnicas de control de la opinión pública. La era *wikileaks*, el paradigma Snowden nos sitúa, en este sentido, ante el reto de pensar el modelo de gubernamentalidad en la era de la revolución industrial de los datos. Proyectos como *The Politics of Data According to Civil Society* demuestran que son posibles formas abiertas, seguras y democráticas de administración electrónica. Pero para ello son numerosos los retos de articulación de la técnica en la política. Algunos autores apelan a una ética de la transparencia que cuando menos asuma como objetivos prioritarios: renovar el texto del contexto; liberar al lector, tanto del texto como del contexto; socializar la información frente a la lógica privativa; fomentar la interioridad reflexiva; y activar las formas conscientes de la identidad del sujeto de derechos de la información en la era de la minería de datos. Mucha de la literatura en la materia, sin embargo, tiende a la mera sofisticación o justificación retórica del eGobierno, pese a la constatación de que es posible pensar nuevas formas de mediación desde otro punto de vista. Un ejemplo es el proyecto TIPI de ENREDA (www.tipiciudadano.es). Un programa que explora nuevas posibilidades sobre la escala y gestión de la información y el conocimiento necesario para la libertad y el ejercicio de la democracia. Y ello por varias razones, más allá del tecnocratismo neopositivista en auge.

La velocidad de las formas de vida plantea una nueva temporalidad y *sensorium* sobre las identidades de los sujetos políticos, al grado de hacer necesario frenar el ritmo de la locomotora de la historia. La idea de *slow information* y tiempos lentos de deliberación quizás resulten hoy una utopía en la lógica de las redes de enunciación simultánea. Pero, sin duda, apunta a la emergencia de formas de ser, sentir e imaginar lo público y la gestión política que apenas están siendo considerados integralmente. Por ejemplo, la propia rendición de

cuentas y los procesos de participación ciudadana que permiten, potencialmente, las nuevas tecnologías de la información son hoy demandas coherentes con las formas contemporáneas de *religancia* y de articulación de la vida común en el hábitat urbano que o son abordados desde la ciencia política, y rara vez desde la Comunicología, o se limitan a los estudios urbanos negando la dimensión ecosistémica y pluridisciplinaria del fenómeno objeto de estudio. La problematización de propuestas como la organización de las llamadas ciudades inteligentes, más allá del enfoque hegemónico, plantea no obstante la necesidad de pensar las multimediaciones de las ecologías de vida y las políticas públicas reconociendo que en lo local y global se han constituido complejos ecosistemas de comunicación. Por ello, los estudios sobre gobernanza abierta y descentralizada, el análisis de las herramientas de búsqueda, visualización y socialización de datos, la teorización del Estado Abierto en la era de la cibercultura constituyen ejes centrales del análisis que todo atento investigador no puede omitir cuando se constata la importancia cualitativa de estos nuevos fenómenos. Más allá de una crítica conceptual, y en coherencia con la idea de Ciencia Ciudadana, desde una perspectiva teórica crítica, es preciso, en este sentido, politizar la generación social de la comunicación y la cultura en una época de creciente disgregación y mercantilización del universo simbólico por las lógicas de mercificación de la innovación tecnológica y social. Un problema en fin de producción de la vida en común que nos interpela y que exige discutir sobre la filosofía política que viene marcando el camino de las complejas y contradictorias relaciones entre la técnica y el gobierno de lo público y lo común, aquí y ahora.

Esperemos que, por lo pronto, estas líneas abran posibilidades de diálogo, no otra cosa garantiza la democracia, desde este punto de vista, que la mediación entre ambos polos que conforman la nueva estructura de sentimiento o *sensorium* en nuestro tiempo. Y estamos convencidos que es la única condición existencial que nos permite, desde la comunicación y la cultura, cambiar el mundo en el que vivimos. Toda una declaración de principios y de sueños, de ingeniería en fin de los vínculos y los afectos.

4. Referencias

- ACOSTA, G. (2018). *Diálogo de saberes en comunicación y subjetividades*. Medellín: Universidad de Medellín.
- APC (2004). Carta APC sobre Derechos en Internet. Internet por el desarrollo y la justicia social. Recuperado desde: www.apc.org/espanol/rights
- ARGULLOL, R. (2016). Provincianismo y comopolitas. *El País*, sábado 2 de enero de 2016, p. 11.
- BENJAMIN, W. (2005). *El libro de los pasajes*. Madrid: Akal.

- CANDÓN, J. (2013). *Toma la calle, toma las redes. El movimiento 15M en Internet*. Sevilla: Atrapasueños.
- CASTELLS, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza.
- CONTRERAS, F. (2018). *El arte en la cibercultura*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- DE CERTEAU, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. Vol. I. DF, México: Universidad Iberoamericana.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (2010). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- EACHEVERRÍA, B. (2010). *Definición de cultura*. México: FCE.
- GALINDO, J. y GONZÁLEZ ACOSTA, J. I. (2013). *#Yo soy132. La primera erupción visible*. México: Global Talent University Press.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A. (2004). *Otra memoria es posible*. Buenos Aires: La Crujía.
- GROYS, B. (2005). *Sobre lo nuevo. Ensayo de una economía cultural*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- HERNÁNDEZ, D.; MARTÍN, P. y VILLASANTE, T. (2002). Estilos y coherencias en las metodologías creativas, en VILLASANTE, T. y GARRIDO, F. J. (Coords.). *Metodologías y presupuestos participativos*. Madrid: IEPALA/CIMAS.
- HERRERA, J. (2007). *O nome do riso. Breve tratado sobre arte e dignidade*. Porto Alegre: Bernúncia Editora.
- HOLLOWAY, J. (2011). *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*. Buenos Aires: Herramienta.
- INNERARITY, D. (2009). La Europa de la creatividad. *El País*, domingo 4 de enero de 2009, p.21.
- LACLAU, E. y MOUFFE, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- LAGO, S. (Comp.) (2012). *Ciberspacio y resistencias. Exploración en la cultura digital*. Buenos Aires: Hekht Libros.
- LAVAL, C. y DARDOT, P. (2015). *Común*. Barcelona: Gedisa.
- LE GUIN, U. ([1974]1999). *Los desposeídos: una utopía ambigua*. Barcelona: Minotauro.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Santiago, Chile: Fondo de Cultura Económica.
- MATTELART, A. y DORFMAN, A. (2011). *Para leer el Pato Donald*. México: Siglo XXI.
- MOROZOV, E. (2014). El nuevo mundo después de Snowden. *El País*, sábado 15 de marzo, p.29.
- MOULIER BOUTANG, Y. et al. (2004). *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- NEGRI, A. y HARDT, M. (2010). *Empire*. London: Harvard University Press.

- RAUNIG, G. (2008). *Mil máquinas. Breve filosofía de la máquina como movimiento social*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- RHEINGOLD, H. (2004). *Multitudes inteligentes. La próxima revolución social*. Barcelona: Gedisa.
- ROSSI, D. (2000). Precisiones sobre acceso y participación en la comunicación de masas. *Cátedra Políticas y Planificación de la Comunicación*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- RUEDA, R. (2006). Apropiación social de las tecnologías de la información: ciberciudadanía emergentes. *Tecnología Educativa*, 4. México: ILCE.
- SÁEZ, V. M. (Ed.) (2004). *La red es de todos. Cuando los movimientos sociales se apropian de la red*. Madrid: Editorial Popular.
- SAMPEDRO, V. (2005). *Multitudes On Line*. Madrid: Libros de la Catarata.
- SAMPEDRO, V. (2015). *El cuarto poder en red*. Quito: CIESPAL.
- SIERRA, F. (2002). *Comunicación, educación y desarrollo. Apuntes para una historia de la comunicación educativa*. Sevilla: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- SIERRA, F. (2010). *Comunicación y Desarrollo*. Loja: UTPL.
- SIERRA, F. (Ed.) (1997). *Comunicación e insurgencia. La información y la propaganda en la guerra de Chiapas*. Donostia: Iru.
- SIERRA, F. y MARTÍNEZ, M. (Eds.) (2012). *Comunicación y Desarrollo*. Barcelona: Gedisa.
- SIERRA, F. y MONTERO, D. (Coords.) (2016). *Videoactivismo y movimientos sociales. Teoría y práctica de las multitudes conectadas*. Barcelona: Gedisa.
- SIERRA, F. y GRAVANTE, T. (Eds.) (2017). *Tecnopolítica en América Latina y el Caribe*. Salamanca: Comunicación Social Ediciones.
- SIERRA, F. ; GRAVANTE, T. y LEETOY, S. (Eds.) (2018). *Ciudadanía digital y democracia participativa*. Salamanca: Comunicación Social Ediciones.
- SIERRA, F. (2019a). *Introducción a la Comunicología*. Madrid: ACCI.
- SIERRA, F. (Ed.) (2019b). *Teoría del valor, comunicación y territorio*. Madrid: Siglo XXI.
- THOMPSON, E. P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- THOMPSON, E. P. (2002). *Obra esencial*. Barcelona: Crítica.
- ZIBECHI, R. (2007). *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales y UNMSM.
- ZIBECHI, R. (2008). *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Buenos Aires: Lavaca Editores.

